

LOS MADRILES

Revista semanal.

OFICINAS
Ruiz, 8, 1.º izquierda.
MADRID

DIRECTOR, FEDERICO URRECHA

AÑO II
23 de Febrero de 1889
NÚMERO 21.

Caricaturas contemporáneas.

LA DE HOY

GENERAL SALAMANCA

Es una de las figuras salientes del mundo político.

Sus campañas en el Parlamento son harto conocidas para recordárselas ahora, y su significación como defensor de la moralidad en la gestión administrativa, le han valido el nombramiento de Capitán general de Cuba.

Ahora hace falta que allá se haga bueno lo que aquí tanto se ha predicado.

El General tiene condiciones de entereza e ilustración para esta empresa, de modo que no hay temor de que se le aplique la cancióncilla aquella:

La Habana se va á perder,
la culpa la tienen tú...

PRECIOS DE SUSCRICIÓN

Madrid y provincias.

Un año..... 9 pesetas.
Seis meses..... 5

Ultramar y Extranjero.

Un año, 15 pesetas.

NÚMERO CORRIENTE, 15 CÉNTIMOS
" ATRASADO, 25

PAGOS ADELANTADOS

Se publica los sábados.





(Febrero, 17 á 23.)
 —¿Central?
 —¿Qué?
 —Director general de Comunicaciones.
 (La telefonista, escamada:)
 —¿Qué desea el señor director?
 —Participo á esa Empresa que acaba de ser multada en 200 pesetas.
 —¡Por Dios! ¿Qué tiene que ver la Compañía en eso de los dramas?

—¡Bachillera! Esa multa es por faltas en el servicio.
 —Dispense usted; es que ha habido un cruce en el teatro Español ¡No le choque á usted!...
 —No, esas cosas no le chocan á nadie.
 —Tiene usted razón; hay que volver...
 —¿Volver á la razón? Aténganse ustedes á la multa, y puede retirar...
 —¡Si no va mañana!
 —Déjeme usted concluir, y puede retirarse del aparato.
 —¡Ah! Drelín, drelín, drelín...

—¡Vaya! ¡Ya les ha salido un competidor á los tangos, tan en boga en nuestros teatros!

Éramos pocos, y...

Leemos en un periódico local:

«En breve saldrá para Madrid la notable comparsa de Málaga, denominada *El Progreso*, llevando el buque que ha construido, y sobre el cual han de cantar tangos sus individuos, vestidos de marineros.»



¡Ay qué monada!
 ¡Con sus trajecitos de marinero y todo!
 ¡Angelitos!
 ¡Temblad, vecinos de la coronada villa!
 Cuando casualmente se encuentren en una calle, los organillos, con el *CAFÉ del Certamen Nacional*, *LA MORENA TRINIDAD*, de *El gorro frigio*, y los tanguitos del buquecito malagueño, y establezcan una competencia artístico-musical, será cosa de emigrar, ó pedir á voz en cuello que vuelva á encargarse del gobierno de la provincia el señor conde de Xiquena.

¡Ah, Sr. Aguilera!

Siga el ejemplo del duque de Vibona, y visite usted ese buque en persona, y si es un barón insurgente, no hay piedad, que no le den la patente de Sanidad.

Un dependiente del resguardo ha herido en un pie á un matutero que intentaba introducir no sé qué géneros de contrabando.



He oído que cierto doctor Sargredo ha practicado una operación dolorosa é innecesaria en la persona de uno de sus clientes.

La autoridad gubernativa ha detenido al Galeno.

Y al matutero.

Verán ustedes cómo los dos se empeñan en cobrar.

El uno, sus visitas.

El otro, su sueldo.

Y los dos han practicado operaciones dolorosas é innecesarias.

Yo creo que el menos culpable es el médico.

¡No hay nada tan contagioso como el mal ejemplo!

Y como los matuteros están haciendo todos los días esa clase de operaciones, y cobran, habrá dicho el matasanos:

—¡Operemos y cobremos! ¡Yo al menos tengo un título para eso!

Y un bisturí.

Y los otros una credencial y un pincho.

Y pata.



¿Qué pensarían ustedes de un caballero que enviudase á las diez y media y contrajese segundas nupcias á las once del mismo día?

Que era un loco, ó un inglés.

Precisamente ha sido inglés el que ha cometido esa locura; pero con la circunstancia agravante de que, habiendo fallecido la primera esposa en Londres, y efectuándose el segundo enlace en Nápoles, por la diferencia de horas resulta que las once de la capital italiana corresponden exactamente á las diez y ocho minutos de la población inglesa, y surge la cuestión de si el milord está casado legalmente, ó si, por el contrario, es bigamo.

¡Todo por las pícaras prisas!

Y calculen ustedes las angustias de la señora italiana al pensar si serán legítimos ó no los actos consumados.

En vez de tomarlo á risa, hay para desesperarse. Comprendo en todo la prisa... ¡Menos para suicidarse!



A propósito de esto.

Como decíamos antes, sigue dando su fruto el mal ejemplo.

En esta semana registra la crónica triste dos suicidios.

¡Es claro!

Lo que cuentan que contestó hace pocas noches un pobre cesante á quien los guardias detuvieron en el momento de montarse en la barandilla del Viaducto.

—¿Cuando un Príncipe imperial se suicida tan campante, yo, que no tengo un real y estoy diez años cesante, he de ser menos? ¡No tal!

En Nevada (Estados Unidos) acaba de ser presentado un proyecto que califica de delito, para las mujeres, el uso en cualquier teatro de un sombrero que tenga más de nueve centímetros de altura.

¡Atacar así las modas, es el proyecto de un loco! ¡Nueve centímetros! ¡Todas dirán á una voz que es poco!

E. NAVARRO GONZALVO



MIGAJAS

—Ya no estoy en la tahona donde usted me conoció. Ahora escribo picecitas.
—¡Hombre! ¿Y gustan? —¿Por qué no?
—¡Por Dios, Nicanor!...
—Ya te dije ayer que hasta dentro de dos ó tres días no va á poder ser.

Si yo te dijera todo lo que siento, nena mía, ¡válgame Cristo, qué serie de burradas te diría!

—¡Ese ha de dar qué sentir! ¡Vaya un modo de escribir! ¡Qué críticas!
—Hijo mío, no me jaja usted veir, que tengo el labio partido.

Ayer sorprendió Quirós á su mujer, con Quiñones, y, encomendándose á Dios, fué... y los llamó: «¡Indecentes!» (Que es como el que tiene tos, y se abriga los talones.)

J. LÓPEZ SILVA.

TÚ

Quando el Supremo Hacedor, dicen que pretendió hacer el prototipo de amor, tomó por modelo al sér más bello y encantador que aún estaba por nacer. Naciste luego; y al verte hermosa el Creador, le hizo exclamar con placer: —¡Ahí va el modelo en que ayer, pensó al poner el Autor la belleza en la mujer!

DOCTOR ELAS.

Hojas del Album.

I.

Es tan hermosa, que todos cuando la ven en la iglesia dicen mirando su frente: ¡Está rezando! ¡Qué buena!

II.

Yo, que me asomé á su alma cuando era feliz queriéndola, digo mirando sus ojos: ¡Está rezando! ¡Blasfema!

MARCIAL RIES.

EL VIOLINISTA

FORMA MICROSCÓPICO

El artista suecumbís y en la soledad luchaba; ¡el insensato soñaba en la gloria todavía!

Y viendo próximo el fin de su vida sin ventura, aún hería, en su locura, las cuerdas del violín.

El armónico instrumento, en sus nervios sacudido, daba, con triste sonido, una serenata... al viento.

Al viento... ¡si! Nadie oía aquel delicioso trino, ni el acorde peregrino de la tierna melodía.

.....
.....
.....

Al fin se murió el pobrete, sin dejar grata memoria, murmurando: «¡Bah! la gloria, más que gloria, es... un grillete.»

J. NAVARRO REZA.

EN EL TEATRO

I

LAS QUE SE TAPAN LOS OIDOS



Enrique Sepúlveda, que ha pintado *Las que van á misa de dos*, *Las que ponen flores en la ventanilla del coche*, *Las que toman caldo en Lhardy*, etc., etc., sentirá mucho que no se le haya ocurrido el título que llevan las presentes líneas; pero... ¡qué hemos de hacerle! Todos somos hijos de Dios, y aunque sea empresa demasiado audaz, cualquiera tiene derecho, como tenga también pinceles y

humor, para pintar á *Las que usan confesor joven*, *Las que gastan pezonera*, *Las que le llaman á uno hermoso*, y así sucesivamente.

«Las que se tapan los oídos con las manos,»—esto de las manos lo he suprimido en el título, por no abusar—forman uno de los más curiosos tipos del público de los teatros. No intentaré pintarlas... Bastante se pintan ellas. ¡Y eso que la luz eléctrica,

émula de la llama que nace con el día,

favorece bien poco este género de pintura, único arte, como es sabido, en que rivalizamos con las demás naciones europeas!

Tampoco intentaré censurar ni ridiculizar á dichas señoras. Todo lo contrario... Benditas sean entre todas las mujeres, y benditos sean los frutos de su vientre; amén, Jesús.

Gracias á ellas y á su remonísimo procedimiento de taparse los oídos en cuanto se avicina la catástrofe de un drama y se sospecha que va á dispararse algo, ha cedido un tantito (como decía D. Francisco Santa Cruz, que encontraba ordinario el tantico y empleaba el haiga) la manía de desenlazar todos los dramas modernos por el procedimiento del general Hoyos, el de los *cuatru tiritus*.

¿Qué emoción, ni qué interés, por vivos que sean, no ceden ante la actitud de dos ó tres docenas de espectadoras remilgadas, que se llevan graciosamente las manos á las orejas, cierran los ojos, ó hacen como que los cierran, y fruncen los labios á la manera de quien va á recibir una ducha?

El espectáculo que «se desarrolla» en la escena se eclipsa ante el espectáculo que se da en la sala. Los espectadores de buena fe se distraen; los de fe mediana se sonríen, y los de mala fe aprovechan la ocasión—si ya no se la ha ofrecido el autor mal-aventurado—para sacar los pies de las alforjas.

Véase por dónde viene la muerte—como diría Campoamor—á muchos autores modernos, y véase también por dónde podría lucirse cualquier secretario de la sección de literatura del Ateneo de Madrid, poniendo á discusión la *Influencia de la coquetería femenil en la literatura dramática contemporánea*.

Porque la madre del cordero no es otra. ¿Qué mujer verdaderamente poseída de su misión sobre la tierra, desaprovecha una ocasión tan propicia para lucir la bien modelada mano, el brazo más ó menos escultural, y «en todo caso» el guante de suprema distinción ó la pulsera de última moda?

Las jamonas, sobre todo—y cuanto más gordas mejor—se despeitan por esos coyunturas que les permiten aparentar candorosa timidez y afectar aires juveniles.

Así, tengo observado que éstas son las más aficionadas á los dramas «detonantes,» aunque no faltan entre ellas algunas que sepan disfrazar su coquetería con cierto ingenio, como aquella que me decía una noche de estreno en el Teatro Español:

—¡Si tiraran al menos con pólvora sola!

—¡Señora! repliqué: ¿supone usted que Vico va á disparar con bala?

—No; pero disparará con ripios.

—Observe usted que el drama está en prosa...

—Es igual; disparará con cascota.

Las que se tapan los oídos son personas de tanta convicción, que ya no se llevan las manos á las orejas solamente cuando va á haber pistoletazo, sino también cuando, en vez de las armas de fuego, son las blancas las que sustituyen al antiguo *Deux ces machinés*; y aun he visto (Dios me conserve los ojos para seguir viéndolas) damas y damiselas que apelan al consabido ademán cuando la dama se muere de tisis ó el galán se da de punaladas.

Vuelvo á decirlo. Hay que agradecer á nuestras contemporáneas ese remonísimo procedimiento, con el cual amenizan la monotonía de los dramas modernos y atentan sus espeluznantes desenlaces.

Los autores se quejan de que así les «matan los efectos,» pero ¿y si les diera á las espectadoras (y á fe que no les faltan motivos para hacerlo) por taparse los oídos durante toda la representación, bajando las manos solamente cuando llegara la explosión final?

MARIANO DE CÁVA



MIRLADAS



—¿Pensarán que tengo frío y que me abrigo? *pus* no. Es que me tapo la *fila*... *pa* ver si *afano* un reló.

—¿No vas al baile, Quiteria?...
 —¿Yo? ¡Jesús!
 —Pues qué, ¿te espanta?
 —¡Dicen que va *La Difteria* y estoy mal de la garganta!



Si los que tienen cara de bruto lo son, ¡caracoles! qué bruto será don Ramón!



—Que tú eres rubia.— ¡Morena!
 —¡Rubia! —Que no hagas el bñ.
 ¡Y lo dice tan serena!
 ¿Cuándo te desembrea tú?
 —¿Cuándo tú pagues la cena!



Sin el amor que encanta
la soledad del ermitaño espanta.



Peru es más espantosa todavía
la soledad de dos en compañía.



I
Un galán la adoraba,
y ella reía mientras él lloraba.



II
Después de cierto día,
mientras ella lloraba, él se reía.

CAMPOSABOR

La Baronesa Vetschera.

Cuando nuestros lectores vean su retrato, exclamarán seguramente:

— ¡Lástima de mujer!

La desventurada baronesa Vetschera fué el origen de la tragedia de Meyerling; pero su infortunado compañero el príncipe Rodolfo tendrá su lugar en la Historia, su cronología en los anales regios y su tumba imperial; y ella, la mujer hermosa y enamorada, se sumirá muy pronto en el olvido y en la noche, y no tendrá más sepultura que la pobre y oscura que la ha deparado la mala-ventura en un olvidado pueblecillo de Bohemia.

Nunca con más razón pudo repetirse aquello de:

¡Ay infeliz de la que nace hermosa!



Mrs. María de Vetschera.

Lo de siempre.

Al cabo de dos años
llegó á quererle;
él, por cierta protesta,
la dió un disgusto;
y la infeliz entonces
por complacerle
accedió á sus deseos
con mucho gusto.
Dices hoy por el fracaso
de sus amores:
¡Dios mío, quién había
de figurarse!...
Y como ha sido objeto
de estos rigores,
la pobre no se casa,
¡qué ha de casarse!

EUSTAQUIO CABEZÓN

ACADEMICEMOS

(INTERVIEW)

Alguna ventaja habían de darme mi naturaleza demoníaca y mis artes mágicas, reveladas al mundo por Shakspeare, y no es floja la de poder colarme, á modo de sutil sirecillo, por el filo de una puerta, y empequeñecirme hasta ser invisible para los mortales.

Hace pocos días (no más de seis) hubé de tener ocasión de felicitarla de ello. Supe que había llegado á Madrid Emilia Pardo Bazán, y como por entonces, ó sea coincidiendo con su venida, supiese yo una estupenda noticia (que se dirá á su tiempo), concebí el propósito de visitarla para algo que con la noticia tenía relación (y que también se dirá en sazón oportuna). Y como de presentarme con una tarjeta que dijera: *Calibán, diablo jubilado*, es seguro que la Pardo Bazán, mujer al fin, y como tal medrosa, no me hubiera admitido, decidí llegar hasta ella usando de mis medios extranaturales.

Y me reduje al tamaño de una mosca, subí la calle de Serrano, cómodamente sentado sobre la copa del sombrero de un novelista *experimental* que llevaba mi mismo camino, llegué con éste hasta la sala en que la autora de *La Tribuna* recibe sus visitas; aguanté con paciencia á que pasaran las horas reglamentarias de recepción, y cuando Emilia Pardo se sentó frente á un fajo de cuartillas, en que escribe con su letra clara y más varonil que femenina la traducción de *Etrés Zemganno*, de Goncourt, me senté á mi vez sobre el tintero y empecé á hacer uso de la palabra.

— Buenas noches, dije vulgarmente y sin asomos de tonos fantásticos.

Emilia Pardo no me vió al pronto, ni supo darse cuenta de cuya sería aquella voz; pero yo me estiré, me estiré... y llegué á quedar del tamaño de un tomo de poesías de juegos florales.

— ¿Y quién eres tú? me dijo entonces Emilia Pardo con más entereza de la que yo suponía en ella.

— Pues yo, señora doña Emilia, soy Caliban, dije, y muy su admirador y partidario.

— ¿Caliban eres tú? ¿El de *La Tempestad* de Shakspeare? Te creía muerto hace mucho tiempo.

— No, señora, contesté modestamente. Yo no puedo morir, como usted debe saber, por mi endiablada naturaleza, y aquí estoy para servirle en cuanto fuere de su agrado.

— No me pesa tu visita. Precisamente acabo de llegar, y quiero ponerme al tanto de lo que ocurre en el campo mostrero de la literatura.

— Y á enterarla de ello y de algo muy gracioso que por aquí pasa, he venido yo, señora.

— Eres muy galante. Dime: ¿qué hace Galdós?

— Novelas; ahora acaba una titulada *Torquemada en la hoguera*, ó algo así.

— Me alegro. ¿Y Valera?

— Valera no hace nada, señora, desde que se ocupa de cosas del otro mundo.

— ¿Cómo? Valera...

— Sí, señora; el otro mundo es América. Ahora nos va poniendo al tanto de lo que hacen los bardos de Chuquisaca y Popocatepec.

— ¿Y... Cañete?

— Ah, señora! Cañete sigue haciendo críticas, y seguirá haciéndolas aunque lo majen.

— Veo que sigues siendo mal intencionado, Caliban.

— No tanto como debiera. Vamos á ver, mi señora doña Emilia, dije, adoptando tono un tanto melodramático: ¿á quién cree usted que van á hacer académico ahora?

— A un hombre de grandes méritos, sin duda.

— A un poeta.

— ¿A un poeta? Ya sé quién es.

— Venga.

— Manuel del Palacio.

— No, señora.

— ¡Marcos Zapata!

— ¡Y cómo se conoce que viene usted de la tierra, señora mía! Cierro que esos dos son poetas, y buenos; pero no se trata de ellos. El poeta *en cuestión* es de aquellos que logran el imposible de no decir cosa de dos dedos de sustancia en todo un poema hecho y derecho, tañedores de melopeas é infatigables buscadores de consonantes puestos en finales de renglones cortos, á modo de clavos de tapicería relumbrosa.

— ¡Caliban!

— Verdad, amarga verdad, señora, pero hay que decirlo. Ese poeta de quien hablo á usted, es uno que yo creo excelente descriptor de la naturaleza exterior, pero no más que la *arteria*. Si la *Liga Agraria* quisiese describir en verso las recolecciones del maíz ó de la uva, ese poeta sería el llamado.

— Bueno, ¿y quién es?

— Velarde, señora.

— ¡!!!

— Tranquílcese usted, señora mía, y prosigamos. Yo vengo ahora mismo de un lugar en que están reunidos hasta cinco académicos, tratando de la provisión de la vacante, y allí se ha citado con empeño su nombre de usted.

— ¿!!! ???

— Sí, señora, y también vengo de otro sitio en el que otros académicos sonaban, también con algún calor, otro nombre, el de un cirujano muy distinguido... como cirujano, y al cual quieren llevar á la Academia.

— ¿A un cirujano?

— Eso mismo me pregunté yo: ¿á un cirujano? Y pensando en ello, me contesté: Será para amputar los típicos tumefactos del conde de Cheste.

— No personalices, ó te señalo, me dijo á esto la Pardo Bazán, echando mano á un tomo de cuentos de Barrantes.

Temblé ante aquella amenaza.

— No personalizaré, señora.

— ¡Acabemos! ¿Qué quieres?

— Yo quiero hacer á usted una súplica. Vengo en nombre del sentido común, de la literatura, del buen decir, del idioma castellano, y hasta de su propio crédito literario, á rogarla que se vaya á la Coruña, que por mi amo el Omnipotente no se deje engatusar, y que rechace las gestiones que quieran hacerse para su ingreso en la Academia.

— ¡Maldito que tú eres! ¿Quién dices que yo?...

— Nadie, pero puede haber quienes dentro de la casa lo trabajen, y usted tiene méritos sobrados para ello; tiene talento, sabe escribir en castellano, podría llevar á la Academia el co-

CONCURSO DE BELLEZA

CELEBRADO EN TURÍN.



Jenny Cooper (De Viena).

PRIMER PREMIO

nacimiento de una literatura regional... y todo esto es lo bastante para impedirle la entrada allí.

—Pero yo no he dicho á nadie que pudiese en eso. Soy mujer, Caliban.

—Por eso precisamente. Ciertos académicos salmonetes y otros de fuera de la casa, rechazan su nombre por esto. ¿Cuándo se ha visto en la Academia á una mujer? ¿Qué importa que sepa infinitamente más que el conde de Cheste, por ejemplo, que en unos versos publicados en la última *Ilustración* dice el presidente de la Academia de la Lengua dice, la *rea* en vez de *la rea*, cosa que sabe hasta el último gacettillero?

—Dice eso!

—Sí, señora, eso dice entre un fujo inaguantable de tonterías y una pedrea de rípicos que estremece. Pero el conde usa pantalones y no está mal visto allí, y usted gasta faldas y polsón. ¿Por qué no viste usted, como Mad Dieulafoy, el traje masculino?

—Porque no está bien.

—Es cierto, y en verdad que no hace falta para lo que todos deseamos, y es que por nada del mundo consienta usted que nadie haga su candidatura. ¿Qué malos ratos había usted de pasar oyendo hablar á Cañete de la *mal guiada imaginativa*, ó á Catalina recitar versos suyos, ó á Cheste hacer coplas como la del cordero:

por nuestro ritual prescrito,

ó á Gabino Tejedo...

—¡Horror!

—Eso digo yo... ¿De modo, dije con toda humildad, que no tendremos el dolor de ver á usted descender del alto y merecido lugar que ocupa en literatura, para perderla entre la garrulería académica? Basta, basta con que por allá se nos hayan ido Valera, y Castelar, y Campoamor, y otros ilustres varones; pero escarmentamos en cabeza de Galdós y no se nos vaya usted también.

No sé qué efecto haría mi arenga en Emilia Pardo Bazán; pero sí que quedó meditando y abstraída, y no hizo de mí más caso que hubiera hecho de Commellerán, si llega á estar presente.

Salt del despacho de la insigne hablilla, pasé por una habitación solitaria, y sobre una mecedora ví algo que al pronto me pareció jaula de perdiz, y era ni más ni menos que un polsón, el polsón de la propia autora de *Un viaje de novios*. Me detuve un momento ante el artefacto, y rompí en la siguiente imprecación, que consignó íntegra para enseñanza de las futuras mujeres de talento:

—¡Oh prenda íntima y execrable, relegada por la divina justicia á la retaguardia de la personalidad femenina! ¡Maldita seas tú cien veces, ya que impides á tu propietaria, á pesar de sus merecimientos, la entrada en el templo que fija, limpia y da esplendor! ¡Maldita tú, prenda hueca á la manera académica, que obligas á sentar la teoría de que el talento tiene sexo!

Y dicho esto, me fui á ver en qué estaba Velarde de un canto *Al injerto de los melocotones*, en que me dijeron andaba empeñado para continuar las dulzuras del éxito de *Pedro el Bastardo*.

CALIBAN.



Constanza Pasconi (De Rimini).

SEGUNDO PREMIO

—333—

IMPRESIONES TEATRALES

Ya apostaría yo algo bueno á que cuando se publique este número de LOS MADRILES no está en el cartel del Español el drama *Pero Gil*, estrenado el miércoles.

Un ingenioso compañero y amigo me decía la noche del estreno de *Pero Gil*:

—Desde que el público se ha hecho autor dramático, el género romántico está perdido.

Y efectivamente. En *Pero Gil*, como en casi todas las muestras del género, el público se entera de todo mucho antes que los personajes. Llega la escena culminante, el *clou* de la obra, y exclama un personaje:

—¡Cielos! ¡Tú eres Fulana!

—¡Cómo! ¡sabéis!...

—¡Todo! D. Mendó expira, y ha dicho que te busque y te pregunte si en tus verdes años estuviste en tal parte.

—¡Justo! ¡Luego él?...

—¡Maldición! ¡Es tu padre!

—¡Padre mío!

Y así sucedrá dramáticamente.

Y como el público sabe todo aquello desde el principio, se llama á engaño y

no hay quien le convenza... ni le interese, que es peor.

¿Por qué? ¿Qué tema se pierde la sección de literatura del Ateneo por no fijarse en esto!

Quedemos de una vez en que el género romántico inocente murió hace mucho tiempo, aunque *Pero Gil*, aun dentro del género, es candoroso como drama, y muy apreciable como obra literaria, y en que su autor, D. Mariano Capdepón, debe renunciar á volver atrás la vista é inspirarse en los modernos ideales para hacer dramas mejores que *Pero Gil*.

Porque á éste hay que ponerle muchos *peros*, sin contar con el del título, que ya es *Pero*.

El cura de Longueval (y no sé por qué se ha de llamar así, y no *El abate Constantino*, como en el original francés, puesto que la voz *abate* es muy española) es una... obra, dicen los carteles, en grado sumo inocente. En ella, como en muchas otras, pero en mayor escala, se obra el milagro de que no pase nada en tres actos larguitos de talle. Nada de nudo dramático, ni situaciones, ni caracteres (excepto, acaso, el de Juan), ni interés; con los elementos que hay en *El cura de Longueval* no se llenan tres escenas un poco nutridas.

Es una comedia del género soso, sin mezcla de picardía alguna.

Y no obstante, la comedia ha tenido éxito, muy justificado por otras razones que no son razones literarias. Con tal esfuerzo está presentada la obra, y de tal modo se ha cuidado la *misa en escena*, que diría el folletínista que pintó Luciano en *Ultramarinos*, que *El cura de Longueval* durará en los carteles, y todo Madrid querrá ver la tempestad en el acto segundo, y la decoración del tercero.

¡Ah! Y la ejecución, que es un primor, para lo que por aquí estilamos. Mario caída casi siempre con verdadero mimo este *pequeño* detalle.

El discreto arreglador de la obra, Luis Valdés, habrá cazado á estas horas algún gazapo transpirenaico que anda por aque-



Juana Fallaint (De Lyon).

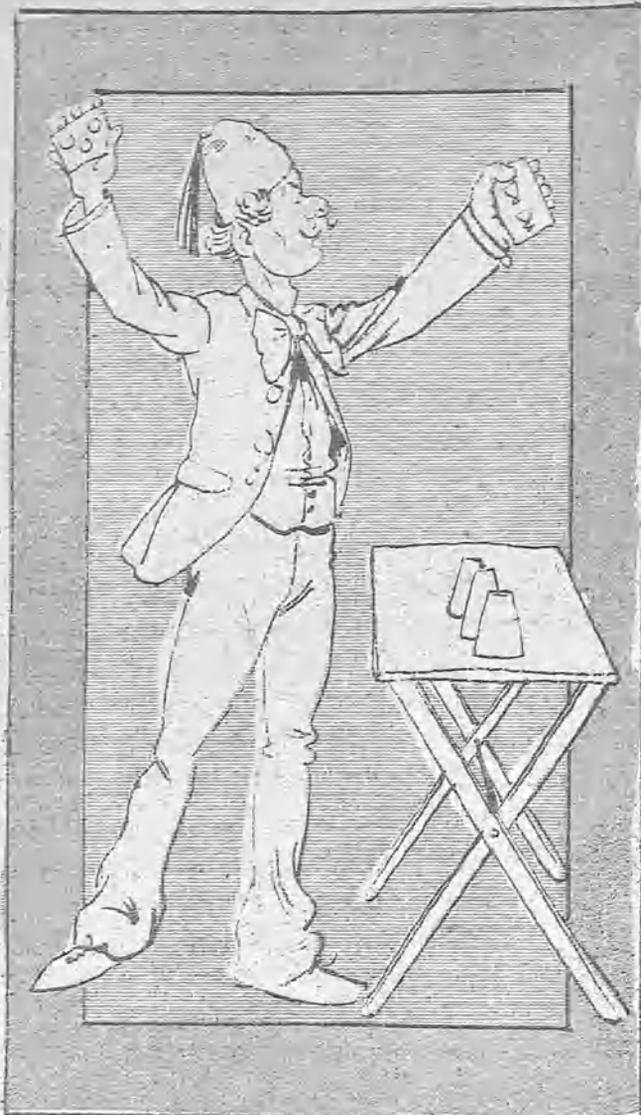
TERCER PREMIO

llas escenas, y unos *sonidos* que suenan en el tercer acto, y que no deben pasar así, por muy conmovido que queramos suponer al buen abate Constantino, más obligado que nosotros los seculares á hablar como Dios manda.

Y no hay más por hoy.

FEDERICO URRECHA.





El prestidigitador de ayer.



El prestidigitador de hoy.

ALMANAQUE CUPIDINESCO

Año IV. **PARA 1889** Año IV.

ESCRITO POR

J. DE BURGOS, J. DE LAS CUEVAS, JUAN DE DIOS, J. DICENTA, J. ESTRAÑA,
J. ESTREMEBA, C. FERNÁNDEZ SHAW, C. GIL, F. A. DE ICAZA, FIACRO IRÁYZOZ, F. LIMENDOUX, E. NAVARRO GONZALVO,
C. OSSORIO Y GALLARDO, E. DE PALACIO, J. PÉREZ ZUÑIGA, L. PORSET, F. SALAZAR, E. SIERRA, E. TORROMÉ,
Y OTROS ESCRITORES

132 ILUSTRACIONES

De Cilla, Cuchy, Pons, L. Palatín, y otros artistas.

CUBIERTA AL CROMO

EN 12 COLORES

UNA PESETA

Este **Almanaque** se regala á todos los suscritores á **Los Madriles**.
Se vende en todas las librerías de España, Ultramar y Estados hispano-americanos, y en todos los puestos y kioscos donde se expende **Los Madriles**.
Se remite á provincias franco de porte, acompañando su valor en sellos al hacer el pedido á la Administración de este periódico.